

## Los efectos de la «ayuda exterior» en América Latina

La llamada década del desarrollo ha pasado callada y tristemente para los países subdesarrollados, especialmente para las Repúblicas latinoamericanas. América Latina en 1970 es la misma región que en 1960. Tiene los mismos problemas, sus pueblos están sometidos a idéntico grado de explotación —o aún mayor— desde dentro (por las oligarquías) y desde fuera (por el imperialismo). Como se dice en la Declaración de Viña del Mar (17 de mayo de 1969), «al término del presente decenio, la brecha económica y científico-tecnológica entre Estados Unidos y América Latina ha crecido y sigue creciendo, y los obstáculos externos que frenan el rápido crecimiento económico de los países latinoamericanos no sólo han sido removidos, sino que tienden a aumentar».

En los últimos diez años, los pueblos de América Latina han sufrido, junto a la clásica explotación de las minorías internas, el saqueo tradicional a través del comercio —es un hecho muy conocido el progresivo empeoramiento de la relación de intercambio— y los ya conocidos efectos de la inversión extranjera (en el período 1950-65 las empresas norteamericanas en América Latina obtuvieron 14.073 millones de dólares, de los que reinvertieron 3.194 y remitieron a USA 10.879, mientras que las nuevas inversiones sólo sumaban 4.134 millones de dólares. Por tanto, en el período indicado salieron de América Latina hacia Estados Unidos por este concepto, en términos netos, 6.740 millones de dólares).

En la pasada década, a estos mecanismos se sumó otro no menos importante: la llamada «ayuda exterior», un método por el cual los Estados Unidos mantienen una posición de influencia y control alrededor del mundo y sostiene a una buena cantidad de países que de otro modo sucumbirían definitivamente, o pasarían al bloque comunista. (John F. Kennedy. Discurso ante el Economic Club de Nueva York, 1962).

El empleo intensivo de este mecanismo en Iberoamérica se inició en 1961, cuando la situación económica y política era agobiante para los gobiernos oligárquicos de la región. Al empeoramiento de la relación de intercambio acelerado al finalizar la guerra de Corea se unió la drástica caída de las inversiones directas en la región como consecuencia de los temores originados por el éxito de la revolución cubana.

Para mantener un mínimo nivel de crecimiento económico y para que la crisis no alcanzara límites más peligrosos, la metrópoli económica cambió su filosofía. Fomentó abiertamente los créditos de sus agencias internacionales y de su gobierno. En un momento —como señalara Kennedy— de «máxima oportunidad» en que «fuerzas extrañas intentan una vez más im-

poner los despotismos del viejo continente a los pueblos del nuevo» (discurso de 31 de marzo de 1961), se lanzó como esperanza redentora de «progreso democrático» para América Latina la Alianza para el Progreso, el más ambicioso programa neocolonialista emprendido hasta la fecha por los Estados Unidos en las Repúblicas del Sur. La Alianza pretendió ser el máximo ejemplo de las posibilidades de la llamada política de «ayuda exterior», uno de los principales elementos de la política exterior norteamericana en los últimos tiempos.

Esquemáticamente, las finalidades y objetivos de esta ayuda han sido, en la práctica, los siguientes:

1.º Consolidar la línea política y militar de los Estados Unidos en el mundo (acceso a bases militares, mantenimiento de lazos con aliados formales, dilación del reconocimiento de China comunista y de su ingreso en las Naciones Unidas, desaliento al comercio con China, Cuba, Vietnam del Norte y Corea del Norte y, en general, alineación pro-occidental de los países a los que se concede la ayuda).

2.º Facilitar el comercio y la penetración económica a las grandes sociedades norteamericanas en los países «ayudados».

3.º Imponer una determinada política económica que fortalezca la consolidación del capitalismo en los distintos países subdesarrollados.

Los ejemplos de las presiones norteamericanas para la obtención de determinadas políticas por parte de los países dependientes a los que se concedía la ayuda son numerosísimos, pudiéndose afirmar que esta «ayuda» siempre ha sido interesada y vinculada a la sumisión a la potencia otorgante.

Pero es que, además, este nuevo mecanismo ha terminado por constituirse en una nueva e importante fuente de beneficios para los países acre-



dores. Como ha reconocido el propio Presidente Nixon, «desde hace varios años, casi todos los préstamos concedidos bajo los programas de asistencia de los Estados Unidos han sido «atados». En efecto, por cada dólar prestado, los iberoamericanos y los países subdesarrollados en general han de gastar desde 1967 no menos de 90 centavos en la compra de bienes y servicios en los propios Estados Unidos. De esta forma, los programas de ayuda se convierten en meras políticas de fomento a la exportación, con mínimos desembolsos efectivos. (Véase cuadro.)

AÑO	% de la ayuda concedida por la AID gastado en USA (créditos «atados»)	Efecto directo neto de la ayuda de la AID en la balanza de pagos USA (en millones de dólares)
1965	84	- 162
1966	83	- 179
1967	90,5	+ 72
1968	91,5	+ 81
1969	93,4	+ 157
1970	93,3	+ 202

En 1970, la Agencia norteamericana para el Desarrollo Internacional (AID), que tiene programada una ayuda total de 2.084 millones de dólares, está otorgando estos créditos a condición de que 1.944 millones de dólares (93,3 por 100 de la ayuda total) se empleen en compras en los propios Estados Unidos. Dado que sólo se gastarán 140 millones en el exterior y que los ingresos por amortización e intereses sumarán 342, resulta que el efecto de esta ayuda supondrá una entrada neta de 202 millones de dólares para los Estados Unidos.

Desde el punto de vista de los países subdesarrollados, la posición será la inversa. Así, la deuda pública externa de América Latina ha crecido a un ritmo asombroso, pasando de los 1.471 millones de dólares en 1950 a más de 15.000 millones de dólares en 1967. El pago del servicio de esta deuda —pago de intereses y amortizaciones—, que en 1965 ascendió a 1.738,5 millones de dólares, exi-

ge que una fuerte porción de los ingresos por exportaciones, de extrema necesidad para incrementar las importaciones imprescindibles para mantener un mínimo nivel de crecimiento, se dediquen a estos fines. En la actualidad, para hacer frente a los compromisos contraídos, los países iberoamericanos han de dedicar el 20 por 100 de los ingresos por exportaciones, cifra tan considerable que estos países se encuentran en la necesidad de obtener nuevos créditos o dilaciones para pagar sus deudas. Este porcentaje se eleva al 35 por 100 si se consideraran también los saldos y utilidades y otros pagos al capital extranjero. Se ha generado, de esta manera, un nuevo proceso de endeudamiento para pagar las deudas contraídas. George D. Woods, anterior presidente del Banco Mundial, lo reconoció en 1968 cuando aún no era presidente del Banco: «Los países subdesarrollados, considerados en conjunto, destinan ahora más de la décima

parte de sus entradas o recursos por concepto de exportaciones al pago del servicio de la deuda, y la cifra va en aumento. Estos niveles de deudas son peligrosamente altos; lo cual significa que una buena parte de las disponibilidades de divisas deben destinarse al servicio de obligaciones anteriores y no al desarrollo productivo... Seguir haciendo lo que los países exportadores de capital están haciendo actualmente equivaldría, en un plazo no muy lejano, a no hacer nada en absoluto».

Recientemente, Gabriel Valdés, ministro de Relaciones Exteriores de Chile, en el discurso pronunciado ante el Presidente Nixon el 12 de junio de 1969, en nombre de todos los ministros de Relaciones Exteriores de América Latina para presentar las conclusiones de Viña del Mar, manifestó: «Es creencia generalizada que nuestro continente está recibiendo una ayuda real en materia financiera. Las cifras demuestran lo contrario. Podemos afirmar que Latinoamérica está contribuyendo a financiar el desarrollo de Estados Unidos de América y de otras naciones industriales. Las inversiones privadas han significado y significan para América Latina que los montos que se retiran de nuestro continente son varias veces superiores a los que se invierten. Nuestro capital potencial se empobrece... En una palabra, tenemos conciencia que es más lo que América Latina da que lo que América Latina recibe».

En resumen, la «ayuda exterior» está acentuando la dependencia económica-financiera de los países de América Latina a límites peligrosos. Como ha señalado Gunder Frank, cuanto mayor sea esta ayuda «proveniente de la metrópoli imperialista, tanto mayor subdesarrollo habrá en América Latina».

El hecho de que ahora se reconozcan con generalidad este y otros problemas e incluso se admitan como reales por los mismos Estados Unidos, indica el grado que ha alcanzado la crisis de la relación colonial existente y demuestra que nos encontramos ante una nueva fase en dichas relaciones. ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.